Reseña

Carolina Rojas Lasch. *Ayudar a los pobres. Etnografía del Estado social y las prácticas de asistencia*. Santiago: Ediciones Alberto Hurtado, 2019. US\$20,87 (ISBN: 9789563571981), 364 pp.

Paulina Morales A.

Universidad Alberto Hurtado, Chile

Respecto de este libro puede decirse, en primer término, que sorprende desde el título. Situados en una época signada por la incredulidad y la sospecha, resulta lógico pensar que muy probablemente no trata sobre cómo ‘ayudar a los pobres’, si con ello se atribuye a dicho concepto un halo de conmisericordia en su materialización como política pública, en una especie de sincretismo teológico-político. En efecto, estamos ante una inteligente provocación por parte de su autora, a partir de la interpelación a las prácticas de asistencia hacia las personas en condición de pobreza, desde un Estado social que, ya en el contexto de una recuperada democracia, encierra no obstante profundas contradicciones y limitaciones en su despliegue. Dicha interrogación es desarrollada por medio de una investigación en dos niveles. Uno, sociohistórico, trata acerca de la gestación de la actual política de la vulnerabilidad; el otro, etnográfico, aborda la cotidianidad de la implementación de la misma, a partir del encuentro entre interventores y beneficiarios. Lo anterior se realiza en base al análisis del Sistema de Protección Social Chile Solidario, iniciativa surgida en 2002 durante el gobierno del presidente Ricardo Lagos, materializada como política de Estado en 2004 por medio de la Ley 19.949 y cuna del Programa Puente, la ‘cara visible’ de la política hacia sus beneficiarios.

En ese contexto, no se puede desconocer que la noción de ayuda ha estado presente discursivamente entre distintos actores de la política:

diseñadores y promotores del Chile Solidario, políticos, interventoras, beneficiarias y vecinas de estas últimas, con quienes comparten el espacio del barrio. La ayuda —afirma Rojas— “describe un tipo de relación moral, social, económica y política en base a la cual se significa un estado: la necesidad, una acción: el ayudar, un objeto: la ayuda y una cualidad: el ser ayudada” (25). En ese sentido, este libro se ubica como un aporte significativo al campo de la economía moral de la pobreza, respecto de la producción, circulación y apropiación de valores y afectos que se juegan en la lucha contra la pobreza.

En concordancia con ello, se presenta una comprensión dual de la asistencia, en tanto objeto político —al modo de un instrumento de acción política en donde se disputan ideas normativas acerca de la sociedad—, y a la vez como objeto de las políticas, esto es, como un espacio de interés configurado a partir de decisiones y juegos de poder. Esta forma de ver, producir y abordar lo social a través de la asistencia a los pobres, encierra no obstante una paradoja evidente: en paralelo al intento de aunar en su seno promesas de libertad y bienestar, se precariza la intervención, con las consecuentes cuotas de incertidumbre y de sometimiento sutil que genera. Esto será visible en el quehacer cotidiano de funcionarios, profesionales y usuarios, que no responde a un marco cultural normativo estable, sino que remite al dinamismo y problematicidad propio de relaciones sociales atravesadas por valores, normas y emociones diversas, reflexión que desarrolla la autora a partir de los planteamientos de Fassin y Eideliman (2012).

Estas y otras consideraciones se despliegan dentro de los ocho capítulos que componen el libro. En el primero de estos, ‘Aproximaciones para el estudio del gobierno de los pobres’, se presenta la hipótesis central del texto en torno a la ayuda a los pobres, a saber, que en los últimos años se habría configurado un nuevo campo de acción gubernamental sobre lo social, de tipo ‘asistencial socializado’, cuyas singularidades refieren, entre otras, a un trabajo de producción de subjetividades.

En el segundo capítulo, ‘Discurso: La cruzada de erradicación de la extrema pobreza’, se presenta una reconstrucción interpretativa de los argumentos y justificaciones políticas y morales sostenidas a nivel de la elite de gobierno, intelectual y tecnocrática, sobre los cuales se sustentó el giro en el tratamiento de lo social a inicios del siglo XXI. Esto, con un marcado ‘sentido de redención’ y/o ‘retorno de lo social’, en virtud de la llegada nuevamente a La Moneda de un presidente socialista. Anejo

a esto se plantea la discusión sobre solidaridad y compasión, en tanto pilares valóricos de la producción de la sensibilidad contemporánea de lo social. En cuanto a la solidaridad, si bien se le reconoce su potencial movilizador de la sociedad civil, en razón de su capacidad para generar acción colectiva, encarna también una ambigüedad en sus alcances, interpretaciones y aplicaciones; esto, más aún en un contexto neoliberal en que el concepto mismo termina siendo reducido a una donación o disposición despolitizada y compasiva hacia los otros.

En tal sentido, los relatos que recoge el libro acerca de cómo se vive el ser una 'Familia Puente' frente a vecinos que quisieran poseer también dicha condición, no eluden las estrategias que despliegan las personas para lograrlo. Sin embargo, no se trata de caer en un enjuiciamiento moral de las conciencias y de las conductas, sino de problematizar la noción misma de solidaridad en un marco neoliberal, devenida en discurso despolitizado y reducido a la lucha contra la pobreza en favor de aquellos "a quienes la vida les ha sido tan adversa", como señalara el expresidente Ricardo Lagos (2002). Lo que se promueve, en definitiva, es una solidaridad primaria en un sentido etimológico fuerte —*in solidum* (sólido)— característico de grupos reducidos y cercanos entre personas en condición de pobreza que, empero, deben de cierta forma competir para constituirse como beneficiarias de las prestaciones del Estado. Sin embargo, lo que se requiere es una concepción de solidaridad en sentido posconvencional y universalista, capaz de superar "el individualismo autocentrado y el corporativismo cerrado, buscando el reconocimiento de la igualdad ética de todos los sujetos como principio de la vida social y política" (Ramis 2018, 85), en concordancia con la idea de derechos sociales universales.

Ligado a ello, en el tercer capítulo, 'Haciendo estado social en torno a los vulnerables', se remite al proceso institucional del Estado en materia social, especialmente a partir de la creación del Sistema de Protección Social Chile Solidario, por medio del cual se encarna la 'potencia expresiva' de consolidación de un nuevo modelo y un nuevo paradigma de comprensión de lo social. Esto se refleja, por ejemplo, en la introducción de nuevos tópicos al léxico de lo social, tales como riesgos, protección o vulnerabilidad social. También se evidencia en la puesta en marcha de nuevos sistemas de registro informatizados, como la Ficha de Protección Social y el Registro Nacional Social, en tanto tecnologías indispensables de control disciplinario y normativo de la acción asistencial.

A una escala microsocial, en el cuarto capítulo, titulado 'Vida cotidiana. El Naranjo y su gente', se presenta el barrio en el cual se llevó a cabo el trabajo etnográfico. Más allá de meras descripciones, se logra reflejar la cotidianidad de las mujeres pobladoras que allí residen, junto a sus familias beneficiarias de Chile Solidario. Cuáles son las estrategias de subsistencia de estas familias, cómo significan la asistencia y en particular la ayuda recibida a través de dicha política, es lo que se muestra en este apartado. Junto con esto, se alude a la precariedad de los vínculos vecinales en El Naranjo, en buena medida deteriorados por el progresivo confinamiento con que han respondido sus habitantes a las problemáticas asociadas al consumo y tráfico de drogas, la violencia y la pobreza.

Frente a ello, sin embargo (o quizás justamente en razón de ello), la respuesta desde el Estado es la implementación de una política cuyo programa identitario —el Puente— reafirma la lógica neoliberal de brindar soluciones individuales ante problemáticas colectivas. Asimismo, sostiene como subtexto la idea de que la pobreza se supera hacia dentro, en familia, con el acompañamiento de un Apoyo Familiar que no hace sino reforzar la dirección del encierro, en vez de reorientar las acciones hacia un espacio público de participación y organización comunitaria. Ciertamente es que la responsabilidad a este respecto no es de estos funcionarios y/o profesionales que visitan las viviendas, puesto que se encuentra anclado en el diseño mismo de la política, de manera intencionada. Lo que se cuele desde los márgenes de los hogares hacia afuera básicamente discurre por dos cauces. Uno, las conversaciones ocasionales entre vecinos beneficiarios de Chile Solidario y quienes no lo son, las que —tal como lo ilustra el diálogo que se reproduce unas líneas más adelante— se centran en la pregunta inquisidora acerca de por qué solo algunos son los 'elegidos' de la política. El segundo cauce es la salida del hogar para acudir a las oficinas del programa, muy probablemente para realizar alguna gestión.

La mirada de los interventores (Apoyos Familiares) es recogida en el quinto capítulo, que lleva por título 'Agentes de la intervención. Cariño y control, vocación y profesión'. Como ya lo enuncia esta formulación, se muestra la ambigüedad de dicho rol y sus correspondientes funciones, puesto que "al tiempo de encarnar la promesa política y moral del Estado de proteger a los suyos, era un funcionario que distribuía dinero, cupos, pañales, canastas de alimentos, y era un productor de expectativas, emociones, sueños" (32).

‘Los beneficiarios: La ayuda no se exige, se agradece’, constituye el sexto capítulo, al cual podríamos añadir que a la ayuda ‘se la espera’ pacientemente, casi como a un maná desde las alturas. Baste tener en cuenta las referencias del párrafo precedente, en cuanto al rol de los Apoyos Familiares, para imaginar cuán esperados eran estos en El Naranjo. A este respecto, el libro muestra gráficamente tanto la expectativa de convertirse en ‘una *Familia Puente*’ como en las significaciones y complejidades que esto tiene para aquellas. Revelador es uno de los diálogos entre la investigadora y una mujer del programa:

—L: Oiga y ¿usted conoce familias que hayan podido de participar del programa Puente y que no hayan querido?

—Ehhh, es que con las que yo me he contactado están en el proyecto y están aprovechando el proyecto.

—L: ¿Pero no conoces a alguien que no haya querido [participar]?

—No, al contrario, hay muchas que sí quieren estar.

—¿Y por qué todos quieren estar?

—Porque son gente que por ser esas niñas que trabajan conmigo me dicen ‘por qué ellas no pueden’ y me preguntaban cómo lo hice. Entonces les dije ‘miren, yo no hice nada’, porque no les puedo mentir, yo no hice nada, esto viene de la intendencia le dije yo y no es una inscripción, porque tú no te inscribes, le dije yo.

—L: ¿Y cómo cree usted que seleccionan, por qué usted sí y las otras no?

—Es tan inexplicable, porque de repente yo veo más necesidades de la que yo puedo tener y yo tengo rabia porque digo por qué a ellos no y a mí sí.

—L: ¿Pero con qué criterios cree que toman la decisión? ¿Qué cree que puede haber...?

—... ¿qué evalúan? No sabría explicarte, porque se supone que es un proyecto de puntaje y uno valora un puntaje, pero de dónde lo determinan el puntaje, ahí no lo entiendo. Porque se supone que eso de contar si tú tienes un refrigerador, una tele, eso ya no corre, porque antiguamente eso se utilizaba, entonces por ser si tú ya tenías 50, con ese recurso se supone que tu calidad de vida es buena. Pero como ahora el sistema no es así. Cómo evalúan no sé. Pero mi puntaje es como de dos mil y tantos. (222)

¿Qué se espera cuando se espera, cuando no se exige nada, cuando se agradece todo? Podría decirse que estamos en presencia de una sociedad de la espera, pues con ello se alude a “los intercambios sociales, a los aspectos intersubjetivos y simbólicos que se construyen sobre la base de la relación con un territorio de la espera y que se naturalizan como modos compartidos de comprensión de la realidad social” (Álvarez y Cavieres 2016, 166), expresados en formas de espera diferenciadas. Frente

a una política y un programa del que no se tiene suficiente información, salvo por los relatos de quienes forman parte de él, es posible identificar dos grupos y posiciones divergentes. Están quienes se sienten privilegiados por haber entrado —aunque sin haberlo buscado ni esperado— y quienes sentirían envidia por no haberlo conseguido —pese a que lo esperaban y buscaban. Así lo cuenta una de las mujeres beneficiarias a la investigadora:

—Yo creo que yo fomenté la envidia dentro de gente del campamento que también llegó a vivir por aquí por los alrededores [...] Paola, que se fue a Peñalolén hace poco, también se fue a inscribir al Puente y estaba para el proyecto de trabajar en la feria y yo le conté a ella, sí, fue a la única que le conté, y me dijo, 'pero ¿cómo?', ¿por qué te salió? y ¿por qué a ti?; 'no sé poh, yo que no he hecho nada me salió y tú que te has estado moviendo pa' acá y pa' allá y no te salió.

[...]

—Ella sí poh, ya se había enterado que se trabaja mucho, que te ayudaban muchísimo, y ella se formó muchas expectativas, y no le resultó poh' [...] Yo digo no sé poh', si salió, salió y no es algo que uno lo buscó. Sí me interesaba estar en algún proyecto, pero nunca esperé que me resultara. (245)

Estas palabras grafican lo que, a juicio de Álvarez y Cavieres (2016), es un rasgo esencial al momento de identificar un territorio y una sociedad de la espera, a saber, "la presencia de expectativas permanentemente insatisfechas respecto a la vida y al lugar en que esta se despliega" (Álvarez y Cavieres 2016, 166). Esto puede expresarse en el encuentro cotidiano entre vecinas —no beneficiarias y beneficiarias—, en la visita del Apoyo Familiar a los hogares de estas últimas, o en la oficina del Programa Puente en dependencias municipales, adonde estas acuden a realizar alguna gestión o a consultar sobre la posibilidad de formar parte de él. La respuesta de los funcionarios/as es generalmente que hay que 'esperar'; no obstante,

ninguno hizo referencia a este tema o manifestó sentir algún grado de disconformidad por tener que decirles a las personas que acudían a ellos: 'esperar en su casa'. El mandato de 'esperar' está incorporado en el lenguaje cotidiano y en los procedimientos particulares de esta política. Es una actitud y una temporalidad que configura las condiciones primeras de la relación asistencial y define las normas sociales vinculadas a esta política. (225-226)

Esto, pese al carácter incierto, inespecífico y unidireccional de dicho mandato.

Respecto de esto último, en el libro recientemente reeditado de Vincent Dubois (2020), *Sujetos en la burocracia. Relación administrativa y tratamiento de la pobreza*,¹ su autor utiliza la figura de un ‘entregarse a la institución’ en el marco de lo que sucede cotidianamente en las oficinas de las Cajas de Subsidios Familiares (CAF) en Francia, y cuyas observaciones son fruto de un extenso e intenso trabajo etnográfico *in situ*. Dicha cesión de sí puede manifestarse, en un extremo del todo impresionante, en “los beneficiarios que llegan regularmente a la oficina sin saber por qué vienen o por lo menos son incapaces de decirlo (Dubois 2020, 117), lo cual se ve doblemente dificultado frente a un trato “mecanizado, frío e impersonal, que circunscribe la comunicación a breves intercambios orientados a la gestión de la implementación de programas y beneficios sociales” (Verdugo 2015, 244).

El séptimo capítulo, ‘La intervención como una relación de ayuda mutua’, pone el acento en los dispositivos de poder por medio de los cuales se concreta la política de asistencia estatal en el marco de la vinculación entre familias y agentes. Aquí, racionalidad y afectividad, gestión y vínculo, se entrelazan de manera virtuosa y se ubican como elementos protectores de una política social signada por la precariedad y la incertidumbre. Las tensiones y conflictos éticos afloran como telón permanente del proceso de construcción de subjetividades en un contexto de asistencia como el que propicia esta política.

En el octavo y último capítulo, ‘Asistencia, género y cuidado’, la autora se hace cargo de un aspecto no menor en la implementación del Chile Solidario —al igual que en otros de similar tenor—, a saber, la presencia mayoritaria de mujeres en ella: de un lado, como profesionales de la intervención; del otro, como formales o informales cabezas de familias beneficiarias. Esta situación no solo refrenda la feminización de la pobreza, sino también de la asistencia, aspecto patente a lo largo de los tres actos o momentos distintivos de las políticas de protección social contemporánea: la focalización, la transferencia de dineros y las visitas domiciliarias. Especialmente en el último de estos actos es donde se materializa “la ‘ayuda’ de las mujeres al Estado en el cumplimiento de sus

¹ Este libro fue publicado originalmente en francés en 1999 bajo el título *La vie au guichet. Relation administrative et traitement de la misère* (Paris, Éditions du Seuil). Esta reedición en español forma parte de la Colección Trabajo Social de la Universidad Alberto Hurtado.

responsabilidades sociales” (331), por una parte, cuyo correlato, respecto de los hogares pobres, es una

intimidad clausurada [que] se hace frágil y es puesta en cuestión. Es entonces que la asistencia y el Estado social obtienen legitimidad para entrar. En el marco de estas políticas de protección social, la familia y su vida cotidiana se vuelven permeables desde el momento en que hay en ellas una vulnerabilidad reconocida institucionalmente y en especial cuando tal situación se asocia con el hecho de que se trata de una vulnerabilidad feminizada. (331)

Ahora bien, estamos en presencia de un libro de reciente factura que trata, sin embargo, sobre una política social que ya no existe con su forma y denominación original: Chile Solidario. Entonces, ¿por qué invitar a su lectura con especial ahínco? Por una parte, porque dicha política ‘permanece’ en sus versiones de continuidad, aunque con matices. Una de ellas es el denominado Ingreso Ético Familiar impulsado por Sebastián Piñera en su primer mandato, que ante las críticas relativas al cariz fuertemente asistencialista de la iniciativa que le precedió, incorporó la habilitación sociolaboral como una nueva dimensión de intervención. En efecto, en el mensaje presidencial que anunciaba el proyecto de ley sobre IEF en 2011, se lee: “El Ingreso Ético Familiar es una política social moderna e inédita en nuestro país. No se trata de un bono, ni de una ayuda transitoria. Es mucho más que eso. Es un verdadero instrumento de promoción y ascenso social” (Piñera 2011). Tras ello, en 2012, el IEF se institucionaliza bajo el nombre de Seguridades y Oportunidades.

Este tránsito programático y nominativo, que sigue ubicando las transferencias condicionadas en el centro, es sin embargo mucho más que esto: es una forma de pensar y de actuar sobre los pobres. En este sentido, uno de los mayores méritos de *Ayudar a los pobres* es dar cuenta de esas profundas transformaciones en el campo del gobierno de la pobreza. Es este aspecto el que lo dota de un valor histórico y social que justifica su presencia con independencia de la continuidad o permanencia de la política social que le dio vida. Se trata, como bien lo señala Fas-sin (2019) en el prefacio de esta obra, de un estudio llevado a cabo con autenticidad y profundidad.

El otro elemento que fundamenta la invitación a sumergirse en el libro aquí reseñado, dice relación con el momento histórico que estamos viviendo como país, tras la realización del plebiscito de octubre pasado,

que marca el inicio del fin de la Constitución vigente. Lógicamente, el establecimiento de un nuevo pacto social —dado que la ciudadanía se inclinó mayoritariamente por la construcción de una nueva carta fundamental a través de una Convención Constitucional—requerirá otras formas de pensar lo social que, sin lugar a dudas, impactarán las políticas de lucha contra la pobreza, las que difícilmente podrán eludir la tarea pendiente en materia de reducción de las desigualdades, redistribución de la riqueza y mayor justicia social.

Finalmente, este libro representa un aporte a las ciencias sociales latinoamericanas, en cuanto al progreso y profundización de la etnografía del Estado, ejercicio que en otras latitudes lleva ya décadas de desarrollo —tal como lo evidencia la citada obra de Dubois— y que acá en la región tiene a Javier Auyero y su libro *Pacientes del Estado* como uno de sus máximos representantes.

Bibliografía

- Álvarez, A.M. y Cavieres, H. 2016. El Castillo: territorio, sociedad y subjetividades de la espera. *EURE* 42(125), 155-174.
- Dubois, V. 2020. *Sujetos en la burocracia. Relación administrativa y tratamiento de la pobreza*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Fassin, D. 2019. Gobernar a los pobres. Prefacio (13-16). En Rojas Lasch, C., *Ayudar a los pobres. Etnografía del Estado social y las prácticas de asistencia*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Fassin, D. y Eideliman, J.S. 2012. *Économies morales contemporaines*. Paris: La Découverte.
- Lagos, R. 2002. Mensaje presidencial del 21 de Mayo de 2002, realizado por don Ricardo Lagos Escobar ante el Congreso de Chile. Valparaíso, Chile. Disponible en: <https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=recursoslegales/10221.3/10560/4/20020521.pdf> [13 de diciembre 2020].
- Piñera, S. 2011. Mensaje Presidencial N° 195-359. En *Historia de la Ley 20.595. Crea el Ingreso Ético Familiar que establece bonos y transferencias condicionadas para las familias de pobreza extrema y crea subsidio al empleo de la mujer*. Disponible en: <https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=recursoslegales/10221.3/37198/6/HL20595.pdf> [1 de enero 2021].
- Ramis, A. 2018. Solidaridad y derechos humanos (69-87). En Morales, P. y Rodríguez, M.A., *Los derechos humanos hoy. Reflexiones, desafíos y proyecciones a setenta años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948-2018)*. Santiago: RIL.
- Verdugo, V. 2015. *La lucha por el respeto en un contexto de pobreza y desigualdad*. Buenos Aires: Espacio. *EP*